

El cuarto de las estrellas

JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA

Nuevos Tiempos **Siruela**



José Antonio Garriga Vela

El cuarto de las estrellas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta	
Portadilla	
El cuarto de las estrellas	
Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café	
Gijón 2013	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
Créditos	

El cuarto de las estrellas

Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2013

Reunido el miércoles 18 de septiembre de 2013, desde las 20:00 horas, en el Café Gijón de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón correspondiente al año 2013, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. José María Guelbenzu, D. Marcos Giralt Torrente y D.^a Rosa Regàs, en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.^a Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerda:

Otorgar por unanimidad el Premio de Novela Café Gijón 2013 a la novela *El cuarto de las estrellas* presentada a concurso bajo el seudónimo Atticus Finch. Abierta la correspondiente plica, su autor resulta ser José Antonio Garriga Vela.

El Jurado quiere destacar su sorpresa ante una novela inusual, que supera el realismo tradicional con imágenes y situaciones de gran calidad expresiva que van creando una atmósfera de misterio extraordinariamente sugerente. En definitiva, un relato muy fluido acerca de un hombre que, en un paraje desolado, busca saber quién es a través de la historia de su padre.

Rosa Regàs
Mercedes Monmany
José María Guelbenzu
Antonio Colinas
Marcos Giralt Torrente

A diario, muchas veces, sentado ante mi escritorio, toco el dolor y la pérdida como quien toca la electricidad con las manos desnudas, pero no muero. No sé cómo se produce este milagro.

DAVI GROSSMAN

Esto es La Araña. Si miras el mapa verás la línea roja que atraviesa un territorio vacío: es la carretera que bordea la costa y huye hacia otros lugares que permanecen a salvo del polvo y el sonido constante del horno y los molinos de crudo de la Fábrica de Cementos Goliat. La carretera divide La Araña, deja a un lado las casas de la playa y al otro la fábrica y el resto de las viviendas. Un pasadizo subterráneo comunica ambas partes. Si alguien del otro lado quiere visitar el bar del Comunista ha de descender por los escalones, caminar bajo los coches y subir de nuevo a la superficie. Los conductores no reducen la velocidad porque piensan que están cruzando un poblado fantasma. La policía para el tráfico cada vez que se va a realizar alguna voladura. La vida se detiene al llegar a La Araña. Hasta que se produce la explosión. Entonces tiembla la tierra y las casas se estremecen. Los padres asustan a los hijos pequeños con la historia del gigante Goliat que vive escondido en el cráter de la montaña. Un ser diabólico cuyo siniestro laboratorio se oculta en la ciudad sumergida que se levanta bajo los cimientos de sus hogares. Hay quien sospecha que los amos del cemento aguardan que La Araña ande distraída para hacer estallar las cargas de dinamita. Como si La Araña y todos sus habitantes constituyeran un único órgano humano, un corazón que lucha por seguir latiendo bajo la permanente amenaza del gigante. David contra Goliat. Los que vivieron la guerra retroceden en el tiempo al oír las detonaciones. Ellos temen que cualquier día se repita la historia y afirman que la cementera es un antídoto contra el olvido. La montaña caliza está plagada de fósiles. Millones de cadáveres que se han ido amontonando y sepultando entre sí, unos sobre otros, a lo largo de los siglos. Tengo la sensación de que estoy en un lugar que no existe. No solo porque desaparece su nombre en los mapas y nadie acude a visitarlo, ni siquiera en verano, cuando La Araña se convierte en una isla desierta en medio de las otras playas repletas de bañistas, sino

también porque sus propios habitantes a fuerza de permanecer ocultos se hacen invisibles.

—Nosotros no somos invisibles, lo que pasa es que nadie nos ve —dijo Javier Cisneros la tarde que fuimos a ver la película de un hombre que al quitarse la ropa y la venda que cubría su rostro se volvía transparente.

Nada más salir de La Araña en dirección al este, la carretera gira bruscamente y los vehículos tienen que reducir la velocidad. Unas luces intermitentes previenen del peligro a los conductores. Los días de lluvia hay una grúa estacionada al final de la curva para llevarse los coches siniestrados.

—Aquí solo se detienen los heridos y los muertos —afirmó el Albino la noche que vino a casa tras presenciar un accidente.

Los vecinos que viven solos tienen la costumbre de dejar un juego de llaves en el bar. Cuando alguno desaparece durante un periodo de tiempo que ya comienza a resultar sospechoso, el Comunista llama a la puerta y si no obtiene ninguna respuesta entra a comprobar el estado de salud del inquilino. Si lo encuentra acompañado, se disculpa e inmediatamente cierra la puerta. En ocasiones la ausencia es motivada por cualquier enfermedad. Hay quien anda perdido varios días, pero cuando el Comunista se dispone a entrar en la casa, alguien le advierte que la noche anterior vio al desaparecido andando ausente y despacio por el arcén de la carretera. Otros se abandonan en la oscuridad del cuarto al flujo y reflujo de los pensamientos, igual que esas gaviotas que cansadas de perseguir la estela de los pesqueros se posan en medio del mar a merced del vaivén de las olas. Así permanecen quietos, callados y con los ojos abiertos, como si esperaran impasibles la visita de su asesino. También los hay que dejan algunas rendijas en la persiana para sentirse acompañados. Hasta que un día se consuman los peores presagios. Al abrir la puerta y entrar en la casa, el Comunista descubre el cadáver tendido sobre la cama o sentado en una butaca frente a las voces del televisor que siguen discutiendo ajenas a la muerte. El cuerpo yace cubierto por un velo de polvo que parece filtrarse a través de las paredes.

Me he refugiado en la vieja casa de Javier Cisneros para proseguir la novela que inicié antes de caer al suelo inconsciente y golpearme la sien. Aquella tarde salí de casa con la intención de dar un paseo y

despejarme. De pronto, todo comenzó a oscilar de un lado a otro como si anduviera por el pasillo de un barco que navegaba en medio de la tempestad. Me detuve y cerré los ojos con la intención de recobrar el equilibrio, pero fue en vano. El temporal arremetía cada vez con más fuerza, hasta que perdí el conocimiento. Al despertar descubrí que me encontraba en la sala de urgencias del hospital. Los médicos me observaban y yo hacía lo mismo con ellos tratando de averiguar el significado de sus miradas. Apenas dieron ninguna explicación, salvo que al caer y golpearme la cabeza contra el suelo me había producido un hematoma cerebral de cuatro centímetros. Me vino la imagen del tráfico detenido en la carretera de La Araña y la relacioné con el cortocircuito que se había producido en mi cerebro. Me sentía igual que si acabara de desembarcar en un lugar desconocido. Me dijeron que habría de pasar dos días en la sala de observación de urgencias por si era necesario realizar una intervención quirúrgica. Finalmente me libré del quirófano. Me trasladaron a la planta de neurocirugía donde me siguieron observando. Al despertarme por la noche, la cabeza era un cuarto cerrado, oscuro y sumido en lo más hondo, igual que el camarote de un submarino. Allí permanecí ingresado cerca de un mes compartiendo la habitación con distintos pacientes. Nada más llegar, dejaban la ropa que llevaban puesta en la taquilla y se ponían la del hospital. Se quedaban sentados en silencio al borde de la cama hasta que los iban a buscar para trasladarlos al quirófano. Unas horas más tarde regresaban medio dormidos. Se iban al cabo de pocos días con la cabeza vendada. A mí nadie me daba el alta.

Teresa estaba a mi lado. Me acompañaba desde primera hora de la mañana hasta que yo la obligaba a irse cuando se hacía de noche. Los amigos me llamaban por teléfono y ella se encargaba de contestar. Luego me trasladaba la información sobre las novedades de fuera. Sus palabras eran una simple excusa para romper el silencio. Los amigos ignoraban que el mundo exterior se había convertido en algo distante que apenas guardaba ninguna relación conmigo. Me asomaba a la ventana y veía a los transeúntes pasear por la calle sin detenerse a pensar en los enfermos que permanecíamos ingresados en aquel edificio luchando por nuestra vida. Estábamos expectantes al lento acaecer de los días. Yo solo deseaba recuperar la salud y volver a vivir como

siempre lo hice hasta que perdí el conocimiento y la memoria. Hasta que nací de nuevo.

Enseguida descubrí que el olvido eclipsaba la mayoría de las historias que me habían sucedido durante los últimos años, lo mismo que los nombres de sus protagonistas. Sin embargo, recordaba con nitidez los hechos que ocurrieron mucho tiempo atrás, como si hubiese despertado en plena adolescencia y el destino me ofreciera una segunda oportunidad para rehacer mi vida. La fiebre me aturdí, me inspiraba, me sumergía en el mundo de la ficción. A veces sentía mareos y todo volvía a dar vueltas alrededor: los objetos, los pensamientos, las personas. Miraba la calle a través del cristal de la ventana y la visión me perturbaba. Nadie parecía ser consciente del peligro que lo acechaba. Yo me sentía protegido allí dentro. A causa del golpe también había perdido los sentidos del olfato y el gusto. Solo distinguía el sabor de los recuerdos, ellos me alimentaban. Cuando por fin abandoné el hospital decidí apartarme del mundo para seguir escribiendo la novela cuyo argumento había olvidado por completo. Los vecinos de La Araña sueñan con escapar algún día de este infierno mientras que yo elegí volver y reencontrarme con el pasado y los muertos. Aquí estoy con el afán de desahogarme expulsando los secretos más íntimos. Tal vez he perdido la cabeza y eso me permite desvelar las cosas que nunca se cuentan.

Aquel día mis padres se hicieron ricos y a partir de entonces sus vidas se arruinaron. Fue el 22 de diciembre de 1973. Un par de semanas antes, mi padre viajó a Madrid para realizar una entrevista de trabajo. Cuando paseaba por la Puerta del Sol se detuvo delante de la administración de lotería El Doblón de Oro, le atrajo el nombre y compró un décimo del número 34739. Era la primera vez que confiaba en la suerte para resolver el futuro. Después se puso justo encima de la placa que marca el Kilómetro Cero de las carreteras radiales españolas. Pensó que desde allí se medían todas las distancias y que era un buen sitio para empezar de la nada. Mi padre se había quedado sin empleo a la misma edad que yo tengo ahora.

Nunca olvidaré aquel 22 de diciembre delante del televisor que proyectaba la imagen del niño de San Ildefonso, José Luis Arranz Gutiérrez, cantando el número del Gordo de Navidad que había comprado mi padre. La transmisión se interrumpió para ofrecer un informativo en el que aparecía el jefe del Estado dando el pésame emocionado a la viuda del presidente de Gobierno. La desgracia era un roedor que huía de nuestro lado para refugiarse en aquel pequeño escenario luminoso donde casi siempre actuaban personas felices. Así era el destino de cruel y caprichoso. Pero nosotros habíamos dejado de mirar la comitiva fúnebre, la increíble sorpresa que acabábamos de recibir eclipsaba cualquier otra noticia. Mi padre había culminado el mejor negocio de su vida: sin pedir un céntimo a nadie invirtió mil pesetas en comprar un décimo de lotería que en el corto plazo de quince días le produjo unos beneficios de más de siete millones. El billete lo depositó en una pequeña caja de madera decorada con motivos orientales que mi madre guardaba cerrada con llave en el interior del armario del dormitorio. La víspera del sorteo por la tarde sorprendí a mi padre sentado en el borde de la cama de matrimonio girando con sigilo la diminuta llave como si estuviera manipulando el dial de una

caja de caudales. Luego se quedó mirando el billete con la devoción del creyente que reza en silencio delante de una estampa. Era como si estuviese en la iglesia.

Unos meses antes nos había reunido a mi madre y a mí para contarnos que dejaba la fábrica. Mi hermano Pedro también se hallaba presente, aunque ellos lo ignoraban. Mi padre nos confesó que no podía seguir soportando el menosprecio que recibía a diario del nuevo director.

—No os preocupéis —dijo con tono de voz convincente—, saldremos adelante.

Me llamó la atención su estado de ánimo sereno y optimista, como si al despedirse del trabajo se hubiera quitado un gran peso de encima. Mi madre asentía con la complicidad del que sabe una historia. Cuando se presentaba algún problema, ellos parlamentaban encerrados en su habitación lo mismo que dos generales antes de informar a la tropa. Las semanas siguientes, mi padre se dedicó a salir todas las mañanas a la calle en busca de un encuentro casual, un anuncio del periódico, una idea maravillosa, un milagro que resolviera nuestro inquietante porvenir. La desazón duró cuatro meses, desde finales de agosto hasta el 22 de diciembre. Creo que nunca estuvimos tan unidos como entonces. Cada vez que nos juntábamos en casa con familiares y amigos siempre surgía la propuesta de algún gran negocio. La ocurrente idea la planteaba cualquiera de nosotros con tal euforia que enseguida contagiaba al resto. De noche, los maravillosos proyectos se desvanecían con el sueño. Hasta que se obró el milagro.

Al recordar la Navidad de 1973 tengo la sensación de que fuimos elegidos por la divina fortuna para interpretar una película que se emite en televisión todos los años por las mismas fechas y en la que aparece un bondadoso ángel que resuelve los problemas domésticos de los protagonistas. Nuestro ángel se llamaba José Luis Arranz Gutiérrez y había nacido en Madrid, contaba apenas catorce años de edad y quería ser ingeniero de caminos, canales y puertos. Pero la sorprendente película que nosotros empezamos a protagonizar solo duró hasta el mes de agosto de 1974. Después la felicidad abandonó la casa de mis padres y ya nunca más volvería a visitarla.

La mañana del día 6 de enero de aquella misma Navidad descubrimos